

CAPITULO VII.

DEL NATURALISMO; RELACION QUE ESTABLECE ENTRE EL PROTESTANTISMO Y EL SOCIALISMO.

La odiosa doctrina de opresion de Voltaire, y la insensata y revolucionaria de Rousseau, sobre la gran cuestion de la desigualdad de las condiciones sociales (y con Voltaire Rousseau señalamos á todos los filósofos del siglo diez y ocho, y aun el Filosofismo cuya doble escuela representan), tenían por necesidad que hallar la solucion de ese temible problema de la pobreza y de la riqueza, una vez no admitida la que nos dá la fé cristiana. Esta necesidad se hacia cada vez mas imperiosa, cuanto mas repudiada era la solucion de la fé.

La razon de ello es clara y su significacion notable.

La existencia de un problema espresa la falta de una solucion. En tanto rigió la fé, las relaciones de las condiciones sociales, no existió el problema: cuando cesó de regirlas, apareció; y creció despues á medida que la fé perdía su imperio; prueba clara de que solo en dicha fé podia hallarse la verdadera solucion. Y como la sociedad, debiendo ser una verdad incontestable, no es natural que esté en cuestion, deduzco de ahí que no siendo probable su verdad sino por medio de la de la fé, esta le

sirve de prueba y que ambas se dan recíproco testimonio: el testimonio recíproco del problema y de la solucion.

La esperiencia de cien años ha dado tal fuerza á este argumento, que hoy se confunden las dos verdades de la fé y de la sociedad, se confunden, por decirlo así, como su negociacion, y, para todo espíritu imparcial y lógico, quien dice Socialismo dice incredulidad, y quien decir quiere sociedad tiene que decir fé, y fé católica.

En lo mas fuerte del repudio de esta fé, adquirió tal importancia el problema de la sociedad, que la indagacion de su solucion dió lugar á una ciencia especial, jamas oida, y que absorvió las otras, hasta llegar á ser la ciencia general, única, la CIENCIA, como la nombraban entonces; y el que la enseñaba (1) el MAESTRO. ¡Cuán seguro homenaje á la verdad de la fé católica es esa importancia dada á lo que debiera reemplazarla; así tan absoluto era el vacio que dejaba al ausentarse aquella!

Esta ciencia es la *economía política*.

Desde entonces todas las inteligencias laboran y se fatigan en esfuerzos por hallar la palabra del enigma, sin conseguir otra cosa que escitar y acrecer la voracidad de la esfinge que amenaza hoy devorar á la sociedad.

Rousseau fué uno de los primeros en aventurarse á la tarea; y á él se debe el artículo dedicado á la *economía política* que vió la luz en la *Enciclopedia universal*.

Admira verle escluir el elemento sobrenatural y aun espiritual de entre tantos como esta ciencia pone en juego, y cuyo empleo ha producido á nuestro idioma multitud de locuciones áridas que lo desfiguran.

Semejante exclusion, que es la de la solucion misma,

(1) Quesnay.

ha llegado á ser una de las condiciones del problema: por ahí puede juzgarse del acierto de nuestros Edipos. Destinados los bienes de la tierra sola y todos los del mundo para hacer la riqueza y la prosperidad de las naciones, no poseyéndolos el hombre antes de la cuna, ni despues de la tumba; no tomándolos mas que de su cuerpo y de sus facultades físicas, hallar la ley de equilibrio entre sus satisfacciones y sus necesidades: ¡tal es la piedra filosofal de esta nueva alquimia!

Rousseau necesitó de bien pocos rodeos para hallarla: *El hombre salvaje, dice, despues que ha comido, se halla en paz con toda la naturaleza, y es amigo de todos sus semejantes.* (Notas del Discurso sobre la desigualdad de las condiciones.)—En cuanto al *hombre que piensa, es un animal depravado.* (Discurso contra las artes y las ciencias.)

Esta solucion no es un capricho aislado, pues harto conocidas son las intenciones del autor en sus dos discursos, y la hallamos dulcificada en los escritos de otros economistas, apóstoles de la materia.—“No sé, dice Mercier, si me engaño en mis votos; pero creo que la química podrá un dia sacar de todos los cuerpos un principio nutritivo, y que entonces le será al hombre tan fácil proveer á su subsistencia, como sacar el agua de los rios. ¿Qué será entonces de todos esos combates del orgullo, de la ambicion, de la avaricia, y de todas esas crueles instituciones de los grandes imperios? Un alimento suficiente, abundante, será la garantía de su tranquilidad y de sus virtudes.”

Condorcet iba mas lejos: anunciaba la desaparicion de todas las enfermedades, y la prolongacion indefinida de la existencia: “Sin duda, dice, el hombre no llegará á ser inmortal; pero la distancia entre el nacimiento y la muerte puede hacerse cada vez mas dilatada.” La moralidad debia crecer en la misma proporcion, “El

grado de virtud á que puede llegar un dia es tan inconcebible para nosotros como el á que llegar puede la fuerza del genio, &c.” (*Cuadro de los progresos del espíritu humano.*)

Sustituyendo la palabra *crimen* á la palabra *virtud*, encontrar debia esta frase una aplicacion inmediata. La víspera de los horrores del 93 fué cuando la trazó el que mas tarde habia de borrarla con sus lágrimas de sangre. Nunca se acerca tanto el hombre al bruto como cuando quiere hacerse semejante á Dios.

De necesidad era que el Naturalismo condujese á tales locuras. El hombre es, por mas que no lo confiesen, espiritual é inmortal en la parte mas íntima, personal y elevada de su ser, y si le quitais la expansion de sus facultades en el orden sobrenatural, preciso es dársela en el natural: lo que abiertamente es imposible, y lo que prueba la necesidad de volver al orden sobrenatural. ¿Y qué mayor prueba de esta necesidad que la locura de todos los que, por haber querido sustraerse á ella, han sido condenados á negar las mas imprescriptibles leyes del orden natural, á estrellar contra estas su razon, el hombre y la sociedad?

Partid del solo orden natural, y desgraciadamente llegareis á la subversion de este mismo orden. Participando el hombre de los órdenes sobrenatural y natural, suprimir aquel es obligarlo á que lo busque, lo realice en este á todo trance; esto es, á que haga infinito de lo finito, absoluto del contingente, perfecto de lo imperfecto, cielo, en una palabra, de la tierra: medio infalible de hacer de esta la imagen del infierno. ¡Cuántas locuras y calamidades no han salido de tentativa tan absurda y á la par obligada para todos los que no admiten el orden de la fé!

Consecuencia menos irracional presentan el Socialismo y el Comunismo, y es la que se ofrece en primer

término, pues consiste en tomar los bienes de este mundo tales como son, y en asegurar á todos su igual y comun goce. Anhelando la dicha todos los hombres con ansia idéntica, si el objeto de este anhelo no se halla en el mundo, es absolutamente lógico que los medios como el objeto son iguales y comunes. En vano direis que esto es imposible y monstruoso; os responderán que otra cosa hay que es mas imposible y monstruosa; y es que el anhelo del hombre por la dicha sea una quimera; que para unos sea realidad y quimera para otros; y en fin, que, siendo realidad para todos, unos hallen los medios de alcanzarla superabundantemente, y otros carezcan totalmente de ella, con tanto ó mayor mérito.

Fuerza es negar toda idea de orden y de justicia, ó admitir esto.

¿Direis que así se trastorna la sociedad, y con ella todo orden, toda justicia?—Os responderán que tal sociedad es por sí misma un odioso desorden organizado, ó una lamentable injusticia pasada en justicia; que atendido esto, no es mas que mayor desorden é injusticia, pues no solamente lo es en el hecho, sino en la misma nocion y perversion de todo ideal de orden y de justicia; y que por consiguiente, no seria dable un estado peor que este.

Imposible fuera responder al Socialismo y al Comunismo en el terreno del Naturalismo. Este establece entre el hombre y la sociedad una verdadera antinomia que promueve el desorden en todos sentidos; y el ideal del orden, que jamas deja de prevalecer, se lo imputa naturalmente al desorden que existe; porque entre todos los demas desórdenes, tiene en su contra la existencia misma. (1)

(1) Seria engañarse acerca de nuestro pensamiento el ver, en la espresion que ahora le damos, y en la que ha recibido ó que recibirá

En el siglo diez y ocho recibió el Socialismo, como lo hemos visto, la aplicacion primera en la abolicion de la propiedad feudal y eclesiástica. No niego las consideraciones políticas que influyeron en esta abolicion, pero no es posible desconocer que habia un principio de Socialismo en estas mismas consideraciones políticas; de tal modo, que no son otros los argumentos que dirige hoy el Socialismo á cara descubierta contra la aristocracia de la propiedad actual.

El Socialismo y el Comunismo se enfrasaron entonces en la política, y se satisficieron á espensas de la gran propiedad de la época. Profesados abiertamente los hallamos desde el año de 1775 en el *Código de la naturaleza*, de Morelli, y hé aquí sus principales artículos:

en el curso de esta obra, una negacion, ó simple desconocimiento del orden natural. Nó. Reconocemos y profesamos la existencia de un orden natural social, fundado en leyes de justicia, de orden, de honradez, de humanidad, comunmente recibidas, aun fuera del cristianismo; un *de officiis* natural que es como el código de la conciencia y de la razon universal, y segun el cual los hombres vivea en sociedad por medio de un cambio de derechos y deberes recíprocos. Pero ademas de que en ninguna sociedad ha sido este orden natural del todo independiente de un orden sobrenatural cualquiera que sea, en el que hallaba su sancion y su principio, á mas de que este código de deberes ha sido mas ó menos completo y rico, segun que las nociones de este orden sobrenatural han sido mas ó menos puras y elevadas, el Cristianismo ha influido tan profundamente en la naturaleza de las sociedades que ha formado, les ha inspirado un tan vivo sentimiento de justicia y caridad, una tan elevada pretension de dignidad y de ventura, ha elevado tanto la cúspide de este edificio de la naturaleza humana, y nos ha dado con su divino ideal de orden, de civilizacion y perfeccion, una necesidad, una exigencia tales de verlas realizadas, que no podemos vivir en grado inferior y menos aun contrario á tan sublimes nociones, como lo hubiéramos podido á no haberlas alcanzado nunca. No es posible derribar la cúspide sin que arrastre consigo las paredes y hasta los cimientos. No podemos derogar. Estamos condenados á la grandeza ó á la ruina, en una palabra, tenemos que dejar de ser cristianos, ó que dejar de ser hombres.

“Mantener la unidad indivisible del fundo y de la moratoria comun;

“Establecer el uso comun de los instrumentos de trabajo y de las producciones;

“Hacer la educacion igualmente accesible á todos;

“Distribuir los trabajos segun las fuerzas, los productos segun las necesidades;

“Conservar cerca de la ciudad un terreno suficiente para alimentar á las familias que la habitan;

“Reunir mil personas lo menos, á fin de que, trabajando cada una segun sus fuerzas y facultades, consumiendo segun sus necesidades y gustos, se establezca, para un número bastante de individuos, un término medio de consumo que no esceda de los recursos comunes, y un precedente de trabajo que los haga siempre abundantes;

“No conceder al talento mas privilegio que el de dirigir los trabajos en interes comun, y no tener en cuenta al distribuir, la capacidad, sino las necesidades que superan á toda capacidad y la sobreviven.” &c. &c.

Como se vé, nada tiene que envidiar el Comunismo de 1775 al de 1848: es el mismo concepto, la misma fórmula.

Y no se juzgue á Morelli como un espíritu aislado y sin afinidad con las ideas de su tiempo: era él por lo contrario, la menos loca expresion de ese *Naturalismo* que inspiraba entonces todos los sistemas económicos, y que volvemos á hallar del mismo modo en la *Fisiocracia* ó *Gobierno de la Naturaleza* de Quesnay, en el *Orden Natural de las sociedades políticas* de Mercier de la Rivière, en el sistema de *Paz perpetua* del abad de Saint-Pierre, en el *Cuadro de los progresos del espíritu humano* de Condorcet, y en muchas otras concepciones en que se proponian igualmente resolver el problema social, escluyendo el orden sobrenatural.

Tuvo Morelli particularmente á Rousseau por maestro y á Mably por discípulo: “Estableced, dice este, la comunidad de bienes, y luego nada será mas fácil que establecer la igualdad de condiciones, y asegurar con este doble fundamento la dicha de los hombres. (1)—Débese la primera idea de las propiedades á la pereza de algunos zánganos que querian vivir sin trabajo á espensas de otros, de quienes no se habia logrado que *amasen el trabajo*. (2)

El Socialismo, como se vé, no deja de tener antecedentes, y algunos muy importantes. Tuvieron estos como prosélitos inmediatos á Condorcet, el abate Fauchet, Bonneville, Brissot, Goupil de Préfeln y otros que formaron despues el *Círculo social*. Profesaban el dogma de la igualdad de los derechos en la desigualdad de las necesidades, y de la obligacion hácia la sociedad de satisfacerlos; y es preciso confesar que eran menos absurdos que sus competidores. (3)

El abate Sieyès vino á prestarle un dia el apoyo temible de su lógica.—“*La naturaleza* (¡siempre la naturaleza!), dice, da al hombre *necesidades y medios* para cubrirlas. Como dos hombres son *igualmente hombres*, tienen en *igual grado* todos los derechos que parten de la naturaleza humana. Hay, es verdad, gran-

(1) P. 18, t. XI de las Obras completas, Lyon, 1792.

(2) P. 32, id. Véase todo el cap. II del tratado de la legislacion ó principio de las leyes, t. IX.

(3) Un tal Boissel, en un librito titulado *Catecismo social*, que dedicó á la Asamblea constituyente llegó hasta el comunismo y no fué refutado. Presentaba la reparticion de las tierras y la apropiacion de las mugeres, por consiguiente la propiedad y la familia, como la fuente principal de los males que desolan al género humano.—Brissot, en varios escritos, ha profesado las mismas teorías que Proudhon, y aun le usurpó la celebridad de su famosa definicion de la propiedad. “*La propiedad esclusiva es un robo en la naturaleza, dice.—El rico es el ladrón en el estado natural,*” añade. (*Investigaciones filosóficas sobre el derecho de propiedad y el robo.*)

des desigualdades de medios entre los hombres; pues la naturaleza hace fuertes y débiles, y á unos depara la inteligencia que á los otros niega: de ahí se sigue que habrá entre ellos desigualdad de trabajo, de producto, de consumo y de goce; pero no se deduce de ahí que pueda haber desigualdad de derechos. La ASOCIACION es uno de los medios indicados por la naturaleza para conseguir la dicha."

Lograr á todo precio en la tierra esa dicha para la cual nos destina la naturaleza, no era otro el problema que salir debiera de la negociacion del orden sobrenatural, y la solucion de este problema no podia ser otra que la asociacion ó el Socialismo.

El abate Fauchet, que terminó con palabras cristianas una vida llena de estravíos, y que era el orador evangélico de la Revolucion, expresó un dia, en uno de esos discursos exaltados con que profanaba los púlpitos católicos, esta consecuencia lógica del Naturalismo. Despues de haber quitado su consecuencia lógica á estas palabras del Salvador: *Mi reino no es de este mundo*, y pretendido que Jesucristo no habia querido aludir con ellas mas que á la sociedad pagana que acababa de destruir; despues de sentar que los hombres se deben unos á otros el trabajo activo para la realizacion de esa dicha terrestre de que les ha dado Dios el deseo inextinguible: "¡Hermanos míos, exclama, juremos en el primer templo del imperio, bajo este vasto dosel de estandartes consagrados á la religion por la libertad, JUREMOS QUE SEREMOS DICHOSOS!" (1)

Este grito es el del Socialismo, que autoriza el Naturalismo, y al cual nada hay que responder. En este sentido toda sociedad incrédula es socialista.

(1) Tercer discurso de Claudio Fauchet sobre la libertad francesa

Lo es tanto mas cuanto que fué cristiana, porque su natural inclinacion á la dicha ha crecido por su ambicion de una dicha infinita que la fé le ha encendido en el alma, y que le dejó al retirarse, ademas de la dicha que puede proporcionar la tierra.

Si á lo menos estuviese completamente borrada de las almas la impresion de esta fé, convertidas estas en paganas, y como atrofiadas en la materia, podrian hallar algun reposo social en la esclavitud de cualquier grado que esta sea. Pero desgraciadamente, ó dichosamente, no es dado á una nacion, á una sociedad que nació cristiana, caer en tal estado: tiene pena de muerte, si no quiere vivir con su vida; y esta necesidad, que es su mayor peligro, es tambien su mayor recurso. La mitad del Evangelio ha quedado en poder de la sociedad, que es la que al hombre llama á la dicha. Hemos conservado á este su título sin seguir su objeto; y nos será preciso volver á la otra mitad del Evangelio que nos asegura esa dicha, y que es la única en poder estar de acuerdo con la mitad que hemos guardado, ó bien consentir en que esta sea en nuestras manos instrumento de nuestra propia destruccion.

De ahí proviene tambien que las sectas socialistas hayan sido en todo tiempo tan peligrosas. Agitan ante las almas de las poblaciones alteradas, la sagrada túnica de Jesucristo, como antiguamente agitaba Marco Antonio el ensangrentado ropage de César ante sus legiones, recordándoles sus intenciones de beneficencia; y poseídas de incredulidad hácia Cristo, hacen de su escelso nombre y de la santa palabra de su Evangelio, las sacrílegas reclamaciones de su siniestra ambicion.

El Protestantismo es el autor mediato de ese desorden. Rompiendo el lazo de las grandes creencias del género humano, tan vivas y completas, tan bien encadenadas, tan firmemente manifiestas para la autoridad

católica, las desunió el Protestantismo, y por lo mismo las desnaturalizó y las violó; despues, entregándolas una á una al libre exámen, cuyo carácter es absorber lo sobrenatural, las redujo á no ser mas que un Cristianismo hueco y nominal con el que embozan su negacion, y del que se hacen un título de agresion contra una sociedad materialista.

La marcha de una de estas negaciones, que comprende á las demas, nos hará espectadores, por decirlo así, de ese trabajo de descomposicion y destruccion. Vamos á aprovecharnos de ella y á seguir, desde su principio hasta su término, uno de los lazos que unen el Protestantismo al Socialismo por el Naturalismo. En la exposicion rápida que hemos hecho hace un momento de la economía social del Cristianismo, digimos que *todos proveníamos de un padre culpable*, con lo que tal vez hemos ofendido á mas de un espíritu incrédulo. Véase no obstante la consecuencia, digna por cierto de que se la diga y se la observe.

Este dogma reposa no solo en la autoridad de la revelacion y de la Iglesia, sino ademas en la de todo el género humano. Lo hemos demostrado en nuestros *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, y vamos á deducir de ello una afirmacion estraña. Es un dogma que puede llamarse histórico y social. Por todas partes y en todos tiempos se ha palpado la existencia del maleficio hereditario, y su fuente se ha atribuido á algun crimen de entidad cometido en una vida superior, *ab aliqua scelera suscepta in vita superiore*, como repite Ciceron despues de toda la filosofía antigua, de acuerdo en esto con todas las tradiciones y ritos espiatorios del universo.

Este dogma es el punto de partida del Cristianismo, cuyo término es la Redencion. La caida en Adan y la reparacion en Jesucristo, son, por decirlo así, los dos po-

los de la esfera espiritual, que se corresponden por medio de las mas justas, fecundas y sublimes relaciones. Son como los dos movimientos que miden y determinan el juego tan delicado, la relacion tan importante de la libertad y de la gracia, con una precision admirable, como obra que es de Dios, y como la Iglesia sola puede esplicar y mantener, la cual precision han destruido las heregías completamente. Ambos dogmas se hallan tan al alcance de la verdad de las cosas y de las necesidades de nuestra naturaleza, son de tal modo necesarios el uno al otro y al todo, que no se puede tocarlos, disminuirlos ni exagerarlos, sin romper el equilibrio de toda la doctrina religiosa, de toda la filosofía humana, y como vamos á verlo, de toda la sociedad.

El Protestantismo, separándose de la unidad, arrastró su dogma y todos los dogmas, á desconocer la autoridad de la Iglesia, sobre la que toda la esfera cristiana reposaba; pero asaz débil para sostener lo sobrenatural, vióse pronto vacilar la razon humana bajo el peso de este dogma, y hacerlo vacilar con ella. Lutero lo llevó á un rigor estremado: segun él, el pecado original no solamente nos inclinaba al mal, sino que tambien suprimia enteramente el libre arbitrio: ya no nos salvábamos ó condenábamos sino mediante una inmutable, eterna é inevitable voluntad de Dios. Zuingle lo inclinó hácia una atenuacion no menos escesiva: segun él, el pecado original no era pecado, sino una simple propension á pecar, que no constituia desgracia de por sí; y nuestra reprobacion se debia á los pecados que se seguian al original. El dogma de la Redencion no vacilaba menos; exageraban ó debilitaban sus tendencias, y se inclinaban hácia uno ú otro lado, segun que, al juicio de Lutero, nos salvaba ó nos condenaba Dios, ó bien cuando, por la virtud bastante de nuestra naturaleza, no teniamos necesidad absoluta de su socorro, segun Zuingle. No equi-